

# La guerra contra el corsé <sup>(1)</sup>

A los defensores del corsé "El Incomparable"

¡Basta, por favor! Ya sé que hice una majadería, y en un mal momento erré, dando á luz mi poesía hablando mal del corsé.

No hago un papel muy lucido cediendo así: mas prefiero darme á escape por vencido á verme aquí combatido por la mujer, á quien quiero.

¿Que soy su enemigo? ¡Error, infundado y ofensivo! Les tengo tan grande amor á todas que me desvivo por hacerles un favor.

Si no mudo de pensar, —y haga el cielo que no mude— siempre á todas he de amar. Si hay alguna que lo dude, se lo puedo demostrar.

No faltará una mujer que diga, para oponer á mi aserto un argumento: "¿Nos ama, y goza en hacer guerra á muerte al casamiento?"

Casarse es rancia tontuna, que hace quien adora á alguna mujer, y yo odio las bodas, porque, como adoro á todas, no me conformo con una.

Y, volviendo á la cuestión del corsé, que he interrumpido, declararé, arrepentido, que aunque me sobra razón me quiero dar por vencido.

Aunque defenderme puedo, me achico galantemente, y sin la razón me quedo, antes que estar frente á frente de las mujeres. ¡Qué miedo!

Lector, si ser justo quieres me darás tu aprobación; no soy el primer varón que á gusto, por las mujeres ha perdido la razón.

Si quisiera luchar, sé que sólo tendría que glosar cuanto han sostenido las señoras que han salido en defeasa del corsé, pues es un hecho innegable que han dicho, en estilo ameno, no que el corsé es aceptable, sino que hay un corsé bueno, que se llama *Incomparable*.

Muy lejos de mí la idea de negar aserto tal; supongamos que hasta crea que *El Incomparable* sea un corsé casi ideal.

Pues aun así, es evidente que hay corsés perjudiciales que causan terribles males; respecto á que el corsé miente, los indicios son mortales, pues el mismo que fabrica *El Incomparable*, explica que su corsé es tan galante

que á la mujer mixtifica por detrás y por delante

De suerte, que entra en su casa un modelo de gordura, y un corsé la deja rasa, y le reparte bien la grasa, y le dibuja cintura.

¡Valiente gracia! De modo que de lo que arregla y miente ese corsé sorprendente ellas lo aprovechan todo... ¡Y el hombre que se reviente!

Así ese corsé modelo es de ellas el favorito, porque da bien el camelo. Y el que se trague el anzuelo que se aguante. ¡Muy bonito!

Engaño tan censurable lo ha declarado orgullosa, una señora gibosa, que por *El Incomparable* fué nueve veces esposa (2).

Y ese corsé—digo yo—no á todos favoreció, pues, con trampas y añadidos, á ella la desjorobó, mas jorobó á sus maridos.

Aun podía argumentar con cargos mucho mayores, pero prefiero acabar, porque no quiero cansar á mis pacientes lectores.

Y conste, que porque espero ser de la mujer amigo, de lo dicho me desdigo, y hablar bien del corsé quiero, aunque pensando mal sigo.

Señoras, que conste que hoy declaro razonable que el corsé es recomendable y sobre todo el corsé modelo, *El Incomparable*.

Ya todos me oirán decir que el corsé debe existir, porque es verídico y bueno... aunque sé que me condeno, sin remisión por mentir.

Y una vez puesto á ceder, capaz soy de sostener que no creo mamarrachos esos sombreros-capachos que ahora gasta la mujer.

Ya veis que soy complaciente y cedo, aunque soy tenaz, con la mujer fácilmente; mas, conste que hago la paz con las guapas solamente.

Y á éstas en prueba de aprecio y de que no son tenaces para el odio y el desprecio les pido sellar las paces con un abrazo muy recio.

Sean los brazos el lazo que nos hagan convivir de la paz en el regazo. Las que acepten el abrazo no tienen más que escribir.

MIGUEL TOLEDANO.

(1) Véanse los tres últimos números de "P B T".

(2) Vean esta declaración á favor de *El Incomparable* en el último número de "P B T".